



EL DÍA
DEL FIN
DEL
MUNDO

LAWRENCE WRIGHT

Un *thriller* médico escrito antes de la pandemia sobre la llegada de un virus letal que arrasa con la población mundial, de la mano del ganador del Premio Pulitzer, Lawrence Wright.

Cuando el epidemiólogo Henry Parsons viaja hasta un campo de refugiados de Indonesia, donde han muerto varios cooperantes en circunstancias muy extrañas para investigar el posible brote de una enfermedad desconocida, no sabe que va a encontrarse con un virus letal capaz de aniquilar la vida en el planeta.

Mientras la enfermedad avanza irremisiblemente, Parsons viajará de Indonesia a La Meca tras las huellas de uno de los portadores del virus y de ahí a Arabia Saudí en una desesperada carrera para frenar la pandemia en la que gobiernos, farmacéuticas y asociaciones de todo tipo tratan de arañar el poder en medio del caos y con la esperanza de regresar a su hogar junto a Jill, su esposa, y a sus dos hijos.

Este profético *thriller* confirma que la ficción, muchas veces, se acerca de manera escalofriante a la realidad del mundo en el que vivimos.

Índice

Primera parte. Kongoli

1. Ginebra
2. La dama azul
3. Fernbank
4. El Ala Oeste
5. Cuarentena
6. Henry toma el mando
7. El peregrino
8. Salvador
9. Comet Ping Pong
10. La lapidación del diablo
11. ¿Qué tenemos aquí?
12. Jürgen
13. Algo fuerte
14. Me cago en Dios
15. En la corte real
16. La cuestión de los mártires

Segunda parte. Pandemia

17. El pueblo no nos lo perdonará
18. Los pavos
19. No es una vacuna
20. Tú me curas a mí y yo te curo a ti
21. La espuma
22. Reina Margaret
23. Lambaréné
24. *Triple-play*
25. Salvar a los líderes
26. El ensayo en humanos
27. El antisuero de Filadelfia

28. Helado
29. Las galletas de la abuela
30. ¿Y tú qué harías?

Tercera parte. En las profundidades

31. Idaho
32. Para que te acuerdes de mí
33. El campo de batalla
34. Dragonarias
35. Todas las vidas son valiosas
36. El capitán Dixon
37. Dolly Parton y John Wayne
38. La señora Hernández
39. Satanás anda suelto
40. Suez
41. Los pinzones de Gould
42. En la jungla
43. Treinta y cuatro dólares con veintisiete centavos
44. Deja que hable
45. Prácticas de conducción
46. Schubert
47. Empieza la fiesta

Cuarta parte. Octubre

48. Delfines
49. Las tumbas
50. El Club Cosmos
51. Un beso de despedida
52. Ahora lo tenemos nosotros
53. La cepa Ustínov
54. Edén
55. La isla Revolución de Octubre

Agradecimientos

*Este libro es un tributo al valor y la ingenuidad
de los hombres y las mujeres que han dedicado
su vida al servicio de la sanidad pública*

El contagio desdeñaba cualquier remedio; la muerte hacía estragos en cada rincón; y, si las cosas hubieran continuado así, en pocas semanas la ciudad habría quedado despojada de todo aquello que poseía alma. Por doquier, los seres humanos iban cayendo en la desesperación; el miedo hacía desfallecer sus corazones; la angustia que atenazaba las almas despojaba de toda esperanza a los ciudadanos, y los horrores de la muerte se hacían visibles en los semblantes y las expresiones del pueblo.

DANIEL DEFOE, *Diario del año de la peste*

Pero ¿qué quiere decir, la peste? Es la vida, nada más.

ALBERT CAMUS, *La peste*

PRIMERA PARTE

Kongoli

1

Ginebra

En un gran auditorio de Ginebra, una asamblea de responsables de sanidad celebraba la última sesión vespertina sobre emergencias sanitarias causadas por enfermedades infecciosas. Los asistentes estaban inquietos, agotados tras las reuniones que se prolongaban durante todo el día y preocupados por llegar a tiempo a sus respectivos vuelos. El atentado terrorista ocurrido en Roma tenía a todo el mundo con el alma en vilo.

—Un cúmulo poco habitual de víctimas mortales adolescentes en un campo de refugiados de Indonesia —estaba diciendo el penúltimo ponente del congreso. Hans Nosequé. Holandés, alto, arrogante, de buen año. Una maraña de pelo rubio ceniza le cubría el cuello de la camisa, las puntas que le caían sobre los hombros brillaban bajo la luz que proyectaba el PowerPoint.

En la pantalla apareció un mapa de Indonesia.

—La primera semana de marzo se emitieron cuarenta y siete certificados de defunción en el Campamento Número Dos de Kongoli, en Java Occidental.

Hans señaló el lugar con el puntero láser, y prosiguió con diapositivas de refugiados en la más horrible miseria. El mundo rebosaba de personas desplazadas, hacinadas a millones en campamentos montados a toda prisa, encerradas tras las vallas como prisioneros, con raciones insuficientes de alimentos y sin apenas servicios médicos. A nadie le sorprendía que se propagara una epidemia en lugares así. El

cólera, la difteria, el dengue... El trópico era siempre un caldo de cultivo.

—Fiebre alta, secreciones con sangre, transmisión rápida, letalidad extrema. Pero lo que realmente diferencia a este conjunto de casos... —empezó a decir Hans mientras colocaba una gráfica en la pantalla— es la edad media de las víctimas. Las enfermedades infecciosas suelen afectar a todas las generaciones de forma aleatoria, pero en este caso la mortalidad se dispara precisamente en la franja de población que debería ser la más resistente.

En el gran auditorio de Ginebra, los responsables de sanidad estiraron el cuello para examinar la curiosa diapositiva. La mayoría de las enfermedades mortales acaba con la vida de niños pequeños y ancianos, pero en lugar de la habitual gráfica en forma de U, esta se parecía a una tosca W, con una media de edad de las víctimas mortales de veintinueve años.

—Basándonos en los esquemáticos informes del brote inicial, se estima que la letalidad global es de un setenta por ciento —prosiguió Hans.

—¿Infantil o neonatal...? —Maria Savona, directora de epidemiología de la Organización Mundial de la Salud, interrumpió el silencio causado por el desconcierto.

—Se ha tenido muy en cuenta en el estudio de cohorte —repuso Hans.

—¿Podría tratarse de una enfermedad de transmisión sexual? —preguntó una doctora japonesa.

—Es poco probable —respondió Hans. Se estaba divirtiendo. Su cara se solapó con la presentación y proyectó una gran sombra abultada sobre la siguiente diapositiva—. El número de muertes notificadas se mantiene estable a lo largo de las semanas que siguen, pero el total general cae de forma significativa.

—O sea que se trata de algo puntual —concluyó la japonesa.

—¿Con cuarenta y siete cadáveres contabilizados? — saltó Hans—. ¡Es una auténtica orgía!

La doctora japonesa se sonrojó y se cubrió la boca para disimular una risita.

—Muy bien, Hans, ya nos has tenido en ascuas bastante tiempo —dijo Maria con impaciencia.

El holandés paseó la mirada por la sala con aire triunfal.

—*Shigella* —anunció, lo cual provocó lamentos de incredulidad—. Lo habrían deducido de no ser por el vector de mortalidad invertido. A nosotros también nos sorprendió. Es una bacteria común en los países más pobres, la causa de innumerables casos de intoxicación alimentaria. Preguntamos a las autoridades sanitarias de Yakarta y su conclusión fue que, en un contexto de hambruna, las únicas personas lo bastante fuertes para hacerse con los escasos recursos alimentarios son los jóvenes. En este caso, la fortaleza física ha resultado ser su perdición. Nuestro equipo ha deducido que el origen más probable del agente patógeno fue la leche sin pasteurizar. Ofrecemos nuestra experiencia a modo de moraleja sobre cómo los estereotipos demográficos pueden cegarnos ante hechos que de otro modo resultarían obvios.

Hans bajó del podio entre aplausos mecánicos mientras Maria llamaba al último ponente.

—*Campylobacter* en Wisconsin —empezó a decir el hombre.

De pronto, un tono autoritario lo interrumpió.

—¿Una virulenta fiebre hemorrágica mata a cuarenta y siete personas en una semana y desaparece sin dejar rastro?

Doscientas cabezas se volvieron a la vez para localizar de dónde procedía la potente voz de barítono. A juzgar por ella, se diría que Henry Parsons era un hombre corpulento. Pero no. Era bajito y menudo, y estaba encorvado a causa de un episodio de raquitismo infantil que lo había dejado algo deforme. Sus rasgos faciales y su tono de catedrático

no encajaban con su modesta figura, pero el hombre se conducía con el aplomo de quien conoce su valía a pesar de su menguada apariencia. Quienes estaban al tanto de la leyenda que lo precedía hablaban de él con una mezcla de reverencia y regocijo y, a sus espaldas, le llamaban *Herr Doktor* o «el pequeño tirano». Era capaz de dejar a los internos hechos un mar de lágrimas si se equivocaban al preparar una muestra o les pasaba desapercibido un síntoma que, en realidad, solo él consideraba importante; pero se trataba de Henry Parsons, la persona que había dirigido un equipo internacional en el brote del virus del Ébola ocurrido en África Occidental en 2014. Localizó al primer paciente documentado de la enfermedad —el llamado caso inicial—, un niño de dieciocho meses procedente de Guinea, infectado por murciélagos frugívoros. Se habló mucho del doctor y se habría hablado mucho más si él hubiera dado pie a que se le reconociera el mérito. En la interminable guerra contra las nuevas enfermedades, Henry Parsons no tenía nada de pequeño; era un auténtico gigante.

Hans Nosequé aguzó la vista y localizó a Henry en la penumbra de las gradas más altas.

—No es tan raro, doctor Parsons, si se tiene en cuenta la causalidad ambiental.

—Ha utilizado la palabra «transmisión».

Hans sonrió, contento de retomar el juego.

—Las autoridades indonesias al principio sospecharon de un agente vírico.

—¿Qué les hizo cambiar de idea? —preguntó Henry.

María estaba intrigada:

—¿Estás pensando en el ébola?

—En ese caso observaríamos una probable migración hacia núcleos urbanos —dijo Hans—. No ha sido así. Bastó con eliminar la fuente contaminante y la infección desapareció.

—¿Llegó a estar en el campo de refugiados? —preguntó Henry—. ¿Recogió muestras?

—Las autoridades indonesias han colaborado al máximo —respondió Hans, quitándole importancia al asunto—. Actualmente hay un equipo de Médicos Sin Fronteras en el lugar, y muy pronto recibiremos la confirmación. No esperamos sorpresas.

Hans aguardó un momento, pero Henry se recostó en el asiento dándose golpecitos con el dedo en los labios, con gesto pensativo. El autor de la siguiente ponencia reanudó la presentación.

—Un matadero en Milwaukee —dijo mientras algunos de los asistentes a la asamblea, pendientes de la hora, se escabullían hacia la salida. Era más que probable que extremaran las medidas de seguridad en el aeropuerto.

—Detesto que hagas eso —se quejó Maria cuando llegaron a su despacho.

Era todo de cristal y muy elegante, con una bonita vista del Mont Blanc. Una bandada de cigüeñas que había conseguido salvar la barrera alpina volaba en círculos para aterrizar junto al lago Lemán, su primera parada en la migración primaveral desde el valle del Nilo.

—¿El qué?

Maria se recostó en el asiento y empezó a darse golpecitos con el dedo en los labios, imitando el gesto de Henry.

—¿Eso hago yo? —preguntó él a la vez que apoyaba el bastón en el escritorio.

—Cada vez que te veo hacerlo, sé que tengo motivos para preocuparme. ¿Qué es lo que te hace dudar del estudio de Hans?

—La fiebre hemorrágica aguda. Rara vez la causa un virus. La extraña distribución de la mortalidad, en absoluto propia de una shigelosis. ¿Y por qué de repente...?

—¿Paró sin más? No lo sé, Henry, dímelo tú. ¿Otra vez Indonesia?

—No sería la primera vez que ocultan información.

—Pero no parece otro brote de meningitis.

—Desde luego que no. —El doctor volvió a llevarse el dedo a los labios de forma involuntaria. Maria aguardó—. No tendría que meterme —concluyó—. Tal vez Hans tenga razón.

—¿Pero...?

—La letalidad. Es brutal. Si Hans se equivoca, podría ser un aspecto muy negativo.

Maria se acercó a la ventana. Las nubes empezaban a asentarse y ocultaban la majestuosa cima. Estaba a punto de hablar cuando Henry interrumpió sus pensamientos:

—Tengo que irme.

—Estaba pensando eso mismo.

—Quiero decir que vuelvo a casa.

Maria asintió con gesto comprensivo, aunque la preocupación en sus oscuros ojos de italiana expresaba otra cosa.

—Dame dos días. Sé que te pido mucho. Debería mandar un equipo completo, pero no confío en nadie más. Hans ha dicho que los de Médicos Sin Fronteras están en la zona, o sea que podrían ayudarte. Solo tendrías que conseguir portaobjetos y muestras. Una simple parada técnica en tu viaje de vuelta a Atlanta.

—Maria...

—Por favor, Henry.

Como los amigos que se conocen bien desde hace mucho tiempo, Henry captó el destello de preocupación en la mirada de la joven epidemióloga encargada de estudiar el brote de peste porcina africana en Haití. Maria había formado parte del grupo que recomendó exterminar la especie de cerdo endémico portadora de la enfermedad. Prácticamente todos los hogares haitianos tenían cerdos, ya que además de constituir una importante fuente de alimentación, eran moneda de cambio, la banca del campesinado. En cuestión de un año, gracias al esfuerzo de la comunidad internacional y del dictador Duvalier, Baby Doc, la población porcina del país al completo se había extinguido; un

gran éxito sin apenas precedentes. El exterminio había acabado con una enfermedad incurable. Sin embargo, los campesinos, que ya eran pobres de por sí, quedaron sumidos en la hambruna. La élite corrupta se apropió de la mayoría de los cerdos de reposición enviados por Estados Unidos, que de todos modos eran demasiado delicados para aquel ambiente y demasiado caros de alimentar. Sin más recursos, la gente se volcó en la producción de carbón, lo cual provocó la deforestación de los bosques. Haití jamás se recuperó. Si convenía o no sacrificar a los cerdos en primer lugar era algo discutible.

«En aquella época éramos unos idealistas convencidos», pensó Henry.

—Dos días como máximo —dijo—. Le prometí a Jill que estaría en casa para el cumpleaños de Teddy.

—Le pediré a Rinaldo que te reserve una plaza en el vuelo nocturno a Yakarta.

Maria le aseguró que llamaría a los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades (CDC) de Atlanta, donde Henry era el subdirector de enfermedades infecciosas, y les suplicaría que lo excusaran ya que se trataba de una petición urgente por su parte.

—Por cierto —empezó a decir Henry justo cuando se marchaba—, ¿has tenido noticias de Roma? ¿Tu familia está bien?

—No lo sabemos —respondió Maria, desconsolada.

El atentado de Roma se había planeado para el Carnaval, la celebración de ocho días que tiene lugar en toda Italia antes de la Cuaresma. La piazza del Popolo estaba abarrotada a la espera del tradicional desfile de disfraces y la exhibición ecuestre. Las noticias de la mañana emitieron una profusión de imágenes de los cuerpos desmembrados de los bellos animales, desperdigados entre los cadáveres de los

asistentes a la celebración y los escombros de las iglesias gemelas.

«Cientos de fallecidos en Roma y sigue creciendo el número de víctimas mortales —anunciaba el presentador del canal Fox—. ¿Cuál será la reacción de Italia?»

El joven primer ministro era un nacionalista con el pelo rapado casi al cero en las sienes y la nuca y largo en la parte superior, el peinado de moda entre los neofascistas que se estaban apoderando de Europa. Como era de esperar, propuso la expulsión masiva de los musulmanes.

Jill Parsons apagó el televisor al oír los gritos de los niños en la planta de abajo: ya estaban discutiendo. El motivo de la riña era si debían permitir a Helen ir a Legoland con Teddy y sus amigos, ya que a ella ni siquiera le interesaban los Lego.

—¿Quién quiere gofres? —preguntó Jill con voz cantarina.

Ninguno de los niños respondió; seguían enfrascados en su discusión estéril. Peepers, un perro mestizo de la protectora con manchas negras alrededor de los ojos como un panda, abandonó su rincón de mala gana y se acercó con parsimonia para arbitrar la pelea.

—Es mi cumpleaños, no el tuyo —señaló Teddy, indignado.

—Cuando sea el mío te dejaré que vengas al parque de atracciones —repuso Helen.

—¡Mamá! ¡Me ha quitado mi gofre! —protestó Teddy.

—Solo le he dado un mordisco.

—¡Pero lo has manoseado!

—Helen, cómete los cereales —ordenó Jill en tono mecánico.

—Están medio deshechos.

Con todo el descaro, Helen dio otro mordisco al gofre de Teddy y el niño chilló indignado. Peepers ladró en señal de apoyo. Jill suspiró. La vida doméstica siempre tendía al caos cuando Henry viajaba por trabajo. Sin embargo, justo